

prenderse el arma terrible del de Balse sobre la frente del incógnito.

El segundo fué lanzado por los espectadores al notar que con el golpe el hacha se delizaba de las manos de Mice Roberto, quedando por consiguiente á merced de su contrario, si este escapaba ileso del hachazo.

El tercero, en fin, fué general, unánime, de admiracion y de asombro. Es que, partiéndose el yelmo, habia puesto de manifiesto el rostro del desconocido caballero del capúz colorado, y no era otro el que bajo este nombre se enebria, el que bajo este nombre habia dado tan brillantes pruebas de valor y pujanza, que el privado de Don Enrique, Don Juan Pacheco marqués de Villena.

El golpe descargado sobre su yelmo habia sido rudo, terrible, capaz de anonadar á un gigante. El de Villena permaneció un rápido momento atontado, pero en seguida, levantando el hacha y blandiéndola sobre la desnuda cabeza de su desarmado contrario, le dijo:

—Vuestra vida es mia!

—Me confieso vencido—contestó con cierta espresion de despecho el mantenedor.—Y dígoos francamente, —añadió,— que si alguna idea me consuela en parte de mi vencimiento, es la de ser mi vencedor el noble marqués de Villena.

Sintió el marqués en el alma el haber sido descubierto, pero ya no habia remedio. El público entero repetía entre bravos y palmadas su nombre y se acercaban los jueces del campo para felicitarle y acompañarle hasta las gradas del solio, donde la reina de la hermosura debia ceñir su pecho con la vencedora banda.

El señor de Balse se retiró á su tienda y el de Villena entonces se adelantó hácia el solio de Beatriz de Guzman que, recobrada de su desmayo, le esperaba ya en pié con el fuego del entusiasmo en sus ojos, con la púrpura de la emocion en su rostro, con la sonrisa del placer en los labios y con la banda por ella misma bordada en la mano.

En el interin, los heraldos desde los extremos del palenque proclaman que el caballero vencedor era Don Juan Pacheco marqués de Villena, y aplaudia el pueblo con algazara y aplaudian tambien los caballeros y tremolaban las damas desde los andenes sus colores favoritos.

Solo en medio de aquel entusiasmo general un hombre frunció el ceño y se salió precipitadamente de la galería. Era Don Fadrique de Guzman que al ver que el del capúz colorado era el mismo Villena su mortal enemigo, abandonó en seguida su puesto y se dirigió con paso rápido á la tienda donde descansaba herido Don Nuño de Torre la Selva.

Mientras tanto, Don Juan se adelantó, subió las gradas del solio y dobló la rodilla en la última grada, á las plantas mismas de la reina del amor y la belleza. Doña Beatriz tan trémula entonces de júbilo, como poco antes de zozobra, se inclinó para ceñirle la banda sobre la otra banda ganada tambien en la lid, y cuentan haber tenido entonces lugar entre los dos este corto pero espresivo diálogo, que nadie oyó sin embargo:

—Oh! sois tan valiente como noble, tan galan como esforzado. P'rez y honra al campeon de Castilla, al héroe vencedor!

—Todo por vos, Beatriz, todo por vos! —murmuró en voz baja pero dulcemente enamorada el de Villena.

—Guardad la banda en memoria de este dia.

—La llevaré siempre sobre mi corazon.

—Valiente corazon!

—Vuestro es, puesto que por vos late.

—Adios, mi valiente paladin!

—Hasta la noche, mi sin par señora!

Y el de Villena se levantó, cruzada al pecho la banda, al son de los himnos que entonaban las músicas militares, y al aplauso atronador que hacia estremecer el palenque.

Los heraldos recorrieron entonces la liza gritando:

—Largueza, valientes caballeros! Largueza, hermosas damas, largueza!

Y todos á esta invitacion vaciaron sus escarcelas, y una lluvia de oro cayó de las gradas á la arena.

V.

EL PACTO.

MIENTRAS tenian lugar los últimos acontecimientos de aquella memorable jornada, un caballero, sin hacer caso de las advertencias que le hacian dos escuderos diciéndole que respetára el descanso de su señor, rasgaba mejor que descorria con mano trémula la cortina que pendia á la puerta de una

tienda colocada á poca distancia del palenque, entre las otras varias que por los jueces del torneo se habian destinado á los campeones.

Era el caballero Don Fadrique de Guzman y era la tienda la de Don Nuño de Torre la Selva.

Este que se hallaba con la cabeza vendada, tendido sobre una piel de oso, se incorporó al ruido y clavó sus ojos en el que de tan extraño modo se anunciaba. Don Nuño estaba horriblemente pálido, y no tanto por la sangre derramada y la poca gravedad de la herida, como por la rabia y el corage de la humillacion.

Don Fadrique se adelantó hácia él y demasiado conoció el de Torre la Selva que era portador el conde de alguna terrible noticia. Bastaba solo mirarsu demudado rostro y sus ojos que parecian nadar en sangre.

—Don Fadrique!—esclamó el herido con un tono entre interrogador y admirado.

—Sabeis lo que sucede?—le preguntó con voz breve y acentuada el de Guzman.

—No sé de que quereis hablarme.

—Sabeis quién es el vencedor del torneo?

—No,—murmuró debilmente Don Nuño á quien la sola palabra torneo le atravesaba el pecho como un dardo envenenado.

—Pues bien, es el caballero del capúz colorado.

Don Nuño se puso espantosamente lívido bajo su palidez.

—Y sabeis quién es ese del capúz colorado?—añadió don Fadrique.

El de Torre la Selva miró al conde con una ansiedad mortal.

—Sabeis quien es?—repitió Don Fadrique;—decidlo, lo sabeis?

—No.

—Es Don Juan Pacheco, marqués de Villena.

Don Nuño dió materialmente un salto como el tigre que oye un grito humano resonar en su guarida.

—El marqués de Villena!—esclamó como si no acertara á dar crédito.

—Nuestro mortal enemigo!—dijo Don Fadrique.

—Mi odiado rival!—repuso Don Nuño.

Hubo un momento de silencio entre aquellos dos hombres cuyos ojos, por igual ó parecido sentimiento, brotaban fuego. Durante este silencio, oyéronse resonar distintamente los gritos de *Largueza!* de los heraldos y las aclamaciones de la multitud que palmoteaba al vencedor.

—Ois? ois?—esclamó Don Fadrique con un reconcentrado acento de ira

y crispados los puños. — Todos los labios murmuran el odiado nombre de Villena, y mi hermana, mi propia hermana, es decir, una hija de los Guzmanes, ciñe su pecho con el lauro de la victoria. Rayo de Dios! rayo de Dios que no sé como no salgo y no la mato!

El de Torre la Selva tomó una mano á Don Fadrique.

—Oid, conde, y departamos con calma,—le dijo.

—Qué quereis?—murmuró el conde bruscamente.

—Empiezo á ver claro en este asunto. Quereis que os diga lo que pienso?

—Decid.

—Vuestra hermana....

—Mi hermana?—preguntó el de Guzman viendo que se interrumpía.

—Vuestra hermana ama al marqués de Villena.

Don Fadrique se hizo atrás y su rostro se puso espantoso de cólera.

—No os irriteis, y oidme,—prosiguió el de Torre la Selva.—Se aman, sí; me lo prueba el escrito que os enseñé hallado en la puerta de mi casa y me lo dice.... me lo dice mi corazón. Ahora bien, nos vengaremos, nos vengaremos de todo. Se me ha ocurrido un plan.

Don Fadrique miraba á su interlocutor con ojos estraviados y en los que solo se leían la cólera y la saña.

—Y este plan?—balbuceó.

—Os lo comunicaré á su tiempo, pero antes decidme: Me prometis la mano de Doña Beatriz?

—Prometida está ya. Un Guzman solo tiene una palabra.

—Seré pues esposo de vuestra hermana?

—Sereis su esposo.

—Mas que ella se oponga?

—Mas que se oponga el infierno.

—De grado ó por fuerza?

—De grado ó por fuerza.

—Entonces, yo me encargo del de Villena.

—Vos? y cómo?

—Este es mi plan.

—Pero....

—El de Villena es un obstáculo que se ha puesto en nuestro camino.

—Sí.

—Pues bien,—añadió Don Nuño bajando la voz,—los obstáculos se quitan de en medio.

Don Fadrique miró atentamente al de Torre la Selva y leyó en sus ojos y en su aparente calma toda la helada ferocidad de la venganza. Esto le bastó.

Estrechóle la mano y le dijo:

—Madurad vuestro plan. Tomaos todo el tiempo necesario.

—Ya os lo confiaré á su tiempo.

—Quedamos pues en que os encargais del marqués?

—Y será mia vuestra hermana?

—Estamos convenidos. Qué Dios os guarde, Don Nuño!

—Con vos vaya, Don Fadrique!

Y el de Guzman salió de la tienda.

VI.

EN LA CALLE.

Ya los lectores la conocen. Es esta misma calle donde sucedieron las cuchilladas y donde la sola presencia del entonces desconocido caballero del capúz colorado bastó para poner en fuga á los cuatro pendencieros de la posada.

Tres dias habían transcurrido desde las últimas escenas.

Era mas de media noche cuando un hombre, recatándose el rostro, asomaba por el extremo de la calle y se dirigia en línea recta hácia una puertecita que se veia cerca de la esquina y en la pared del palacio de los Guzmanes. Llegóse este hombre á la puerta, abrióla con una llave y desapareció, exactamente como en el primer capítulo de esta historia se lo hemos visto hacer al del capúz colorado.

Pero, si bien aquella vez no fué el desconocido observado por nadie, no así esta: otro hombre habia asomado tras de él por el extremo de la calle y, siguiendo la misma direccion, habia ido á detenerse ante la puerta que se cerrara luego de haber dado paso al primero.

Nuestro nuevo personaje se convenció de que era aquella la puerta por la cual desapareciera el que seguia. Por lo mismo, como si de esperarle tratara, se retiró hasta la pared de en frente y se apoyó en ella, permaneciendo así largo tiempo en la inmovilidad de una estatua.

Pasó una hora, pasó otra, pasaron tres, pasaron cuatro.

Comenzaba á despuntar el alba y el cielo se vestia con ese tan hermoso y ligero color nevado del crepúsculo, cuando la puerta en la cual tenia fijos sus ojos el desconocido, se abrió para dejar salir al mismo que por ella habia entrado.

Este salió preocupado sin ver al misterioso personaje que parecia acecharle, y disponíase á atravesar la calle, cuando el desconocido, destacándose de la pared, dió un paso y le dirigió la palabra:

—Marqués de Villena! le dijo.

El interpelado se estremeció y se detuvo, pero ni contestó ni volvió la cabeza. Creia haber oido mal.

—Marqués de Villena! — repitió el desconocido con voz suave.

Don Juan Pacheco, porque él era en efecto, tomó su resolucion con aquella rapidez del pensamiento que distingue á las almas grandes, y volviéndose y cuadrándose, no sin antes haber llevado la diestra al pomo de su espada:

—Qué se le ofrece al hidalgo? — dijo.

El desconocido se adelantó. Entonces, á la debil claridad del naciente dia, el de Villena conoció á su interlocutor.

—Arnaldo! — exclamó.

—El mismo, Arnaldo el trovador, el pobre cantor de trovas Arnaldo.

Y su voz, al decir esto, habia tomado un dulce tinte de amargura. El marqués que conocia á Arnaldo como á uno de los primeros trovadores de su tiempo, soltó la espada que empuñado habia y al gesto airado de su rostro sucedió la mas afable espresion.

—Qué haces ahí Arnaldo?

—Os esperaba.

—A mí!

—A vos mismo.

—Cómo! sabias....?

—Os sigo desde ayer noche.

—Tú!

—Y como os ví entrar por aquella puerta, me dije: por ella volverá á salir. Y os aguardé.

La frente del marqués se habia nublado.

— Me viste entrar? — preguntó con acento trémulo.

— Y os he visto salir. No me he meneado de aquí durante las cuatro horas que habeis permanecido dentro.

El de Villena miró fijamente al trovador como si quisiera con su mirada sondear toda la profundidad de su pecho.

— Arnaldo! ni un momento tardaria en castigar tu imprudente curiosidad si tal la juzgara, pero te creo impelido por otra causa que ignoro y que quiero conocer. Tu ademan triste y severo, tu mirada respetuosa, tu rostro demudado, me indican que hay en tí algo superior á tí mismo que en este momento te hace obrar.

Arnaldo no contestó.

— Porqué me has seguido? porqué me has aguardado?

El trovador se volvió lentamente y señaló con una espresion dolorida la casa de que acababa de salir el de Villena.

— Esta es, — dijo tristemente, — la mansion de los Guzmanes.

— Y bien? — exclamó con ansiedad el de Villena.

— En ella vive la muger á quien Segovia llama la bella de las bellas y á quien los trovadores conocen en sus cantos por la perla de los Guzmanes.

— Y bien?

— Es en efecto una muger bella como la esperanza de la felicidad.

— Acaba!

— Nada mas. Os seguí ayer como un miserable espía porque sospechaba que ibais á una cita de la perla de los Guzmanes, y os he esperado hoy porque queria veros salir de los brazos de la bella de las bellas.

— Trovador, — díjole el de Villena con voz sorda y siniestra — sabes lo que puede valerte el secreto que has descubierto?

— Dos pulgadas de una daga toledana en el corazon, — contestó Arnaldo con una admirable sangre fria.

— Pues entonces — prosiguió el de Villena con acento todavía mas oscuro, — disponde á ello. Te doy los momentos que necesites para rezar al santo de tu devocion.

— Es inútil, — contestó el trovador — momentos de sobra he tenido para rezar en el tiempo que os he estado aguardando. Me hallais ya dispuesto.

Acaso nunca jamás habia visto el de Villena tan heroico estoicismo. El trovador se habia cruzado de brazos y aguardaba con la serenidad de los mártires de otro tiempo cuando esperaban en la arena del circo que se adelantára la fiera á devorarles. Su frente resplandecía en medio de las nubes de tris-

teza que la atravesaban; su rostro melancólico aparecia tranquilo; ni un estremecimiento nervioso agitaba sus miembros, y una especie de helada sonrisa agonizaba en sus labios. El de Villena dirigió una mirada, una sola, á aquella espresiva y sublime figura que se dibujaba ante él á los rayos matinales del crepúsculo. Esta mirada le bastó á él, corazon inteligente, alma esperta, para hacer nacer en su interior todo un mundo de ideas. Su frente se inclinó soñadora, su rostro tomó á su vez un tinte de melancolía que no le era habitual, y adelantándose hácia el trovador, le cojió de una mano y le dijo:

— Cuánto tiempo hace que la amas?

— Todo el que hace que la conozco, — respondió Arnaldo, contestando con igual franqueza á una pregunta hecha tan francamente y que tan natural le pareció, no obstante ser tan imprevista.

— Y si yo te dijera: Arnaldo, ahoga esta pasion imprudente, porque ni Arnaldo debe amar á Beatriz ni Beatriz puede amar á Arnaldo?

— Os contestaria: Decidle á la luz que deje de brillar y de amar dejará entonces mi corazon.

— Pobre insensato! Beatriz no puede ser tuya.

— Por esto no aspiro á ella, por esto sufro en silencio, por esto canto solo penas siempre y amarguras.

— Qué esperanza abrigas pues?

— Yo no tengo esperanza. Mi porvenir es tan negro como mi pasado. La esperanza para mí tiene nombre de muger.

— Si nada esperas, si nada pretendes, porqué sigues amándola?

— Porque hay en el corazon de todo hombre un tesoro de sensaciones como hay un perfume misterioso en el seno de una flor, y es preciso que la flor lance su perfume cuando se abre su corola como el hombre su tesoro cuando se rasga su corazon.

— Y porqué quieres morir?

— Porque yo amaba á esa muger con toda la pureza y castidad con que deben en el cielo amar los ángeles á la Virgen María, porque ella era el tipo de santa y preclara inocencia que respondia á las necesidades de mi alma entusiasta, porque ella era la fé del corazon del pobre trovador, porque ella era en fin el nombre que invocaba en mis cantares de amores.

— Y quieres decir que la flor ha perdido su perfume, que al ángel le han caido sus blancas alas?

— Ay! sí; la paloma, herida por el dardo, ha caido moribunda en el lodo de un charco. Y no estrañeis oirme hablar así, el de Villena, que nosotros

los que profesamos la gaya ciencia, los que suspiramos nuestros cantos bajo el cielo de la Provenza, los que tañemos nuestro laud de amores cuando susurran melancólicas las auras cuyas caricias buscamos porque sus caricias comprendemos, nosotros somos no mas que romeros transeuntes en las estancias doradas de las bellas castellanas, y vivimos en otra admófera mas rica donde todo es pureza como el aleteo de un ángel, donde todo es casto como el perfume de la flor de Mayo. He ahí porque si alguno de nosotros pierde la luz que le guia, tanto se valdria que le arrancaran el corazon á pedazos para dárselo á comer á fieras. He ahí porque os seguí ayer, el de Villena, y he ahí en fin porque hoy me presento á vos y os digo: Matadme con vuestra daga, que mas vale morir de muerte airada que morir de amores de deshonestá dama.

El de Villena le dejó decir sin interrumpirle. Cuando hubo concluido, le habló de esta manera:

—Trovador favorito de Doña Beatriz, oye el mayor secreto que puedo depositar yo en tu pecho y guárdale en él cerrado como en una arca santa. Oye, Arnaldo, el del corazon de oro, oye y cállalo! Y no estrañes á tu vez que te lo diga en voz baja, porque secreto es de tal importancia que miedo le tengo á que le oiga el aire.

Y dicho esto, Don Juan Pacheco se acercó al trovador y le dijo al oido, pero en voz baja, muy baja, dos ó tres palabras, alejándose en seguida de él como para que no sintiera remordimiento de habérselas dicho, como para no tener luego que matar á aquel hombre en quien habia depositado un secreto de tal importancia.

Por lo que toca al trovador, quedó un momento inmóvil al oir aquellas palabras que quemaron su oido como si por él le hubiesen introducido un hierro ardiendo; vaciló despues como un hombre ebrio y, yencido por la emocion, cayó desplomado al suelo, escapándole su harpa de las manos que fué á romperse contra la pared.

Pobre Arnaldo! Pobre trovador á quien á un tiempo se le rasgó el corazon y se le rompió el harpa!

VII.

RETO.

AL llegar el de Villena á su casa, vió con sorpresa un cartel clavado en su puerta por medio de una daga.

Arrancó la daga y, llamando á uno de sus servidores para que le alumbrára, leyó el cartel:

Decia así:

«Si entre Don Nuño y Doña Beatriz está el del capúz colorado, entre Doña Beatriz y el marqués de Villena está el odio á muerte de Don Nuño.

«Cuando de dos hombres sobra uno en el mundo, los buenos caballeros empuñan la espada y se baten mientras haya un resto de fuerza en el brazo y un hálito de vida en el corazon.

«Mañana á las oraciones, junto á las tapias de la hermita consagrada á Santa María del Parral, espera al marqués de Villena

DON NUÑO DE TORRE LA SELVA.»

—Por San Juan que no he de faltar, —murmuró el de Villena, —y ya verá el que ha mordido el polvo en el torneo, como es mas pesado mi brazo que el de Rodolfo de Erxtein!